

DEDICATORIA

Luis de la Revilla: una memoria histórica de la atención primaria



En nuestro país es una costumbre muy difundida esperar al cese, la jubilación o incluso, en los casos más deplorables, al fallecimiento, para que se produzca el justo reconocimiento de una trayectoria personal y profesional. La medicina y la profesión médica no son una excepción. Sucede también que una vez desmarcado o desaparecido el colega (sea compañero, superior o líder), se despierta un desaforado deseo de complacer al homenajeado, surgiendo con fluidez y espontaneidad encendidas apologías sobre su obra, su vida y su tributo a futuras generaciones. Este afán por enaltecer la aportación de otro profesional de forma desmesurada, pero una vez que ha dejado de ser un competidor, hace difícil una valoración equilibrada de su verdadera influencia. No obstante, es preciso recordar. Aunque sea de forma superficial, recordar nos ayuda a entender el presente y encauzar el futuro.

En el caso del Dr. Luis de la Revilla, debemos recordar la acogida e implicación con las primeras promociones de médicos residentes de medicina familiar y comunitaria. Su pasaje desde la medicina clínica hospitalaria hacia la atención primaria fue consecuencia de una visión de futuro transformadora.

Debemos recordar la constitución de la Unidad Docente de Medicina de Familia de Granada y su tarea como coordinador, con ideas desbordantes y recursos ínfimos, así como la aplicación de un programa residencia que aún era, en un sentido generoso, experimental.

Debemos recordar el inicio del Centro de Salud de Cartuja, con la realización del diagnóstico de la situación de salud; el desarrollo de programas de salud y su evaluación; la organización como equipo; la incorporación de actividades comunitarias, incluida la creación del primer consejo de salud, y la instauración de la historia clínica. Elementos, todos ellos, que dieron origen al modelo de reforma de la atención primaria que se llevó a cabo en Andalucía.

Debemos recordar su paso como presidente de la Sociedad Andaluza de Medicina Familiar y Comunitaria, con la expansión definitiva y la adopción de un modelo de sociedad científica profesional.

Debemos recordar su etapa como miembro y presidente de la Comisión Nacional de la Especialidad de Medicina Familiar y Comunitaria, con la redacción de un programa de formación de los especialistas que aún hoy constituye el esqueleto fundamental del mismo.

Debemos recordar su apuesta firme sobre el importante papel de enfermería y trabajo social en el conjunto del equipo de atención primaria.

Debemos recordar su aportación en el ámbito de la investigación y la me-

todología docente del posgrado, cuando atención primaria aún era un páramo.

Debemos recordar la conceptualización y el desarrollo de la atención familiar como herramienta propia y específica de trabajo del médico de familia.

Debemos recordar su trabajo como coordinador de unidades docentes de medicina familiar y comunitaria de Andalucía.

Pero estos recuerdos, con ser trascendentes, sólo nos aproximan a la auténtica herencia profesional que deja a la medicina de familia. Por encima de afinidades, compatibilidades, sinfonías, rechazos, inadaptaciones o asonancias, los que hemos trabajado o aprendido a su lado nos quedaremos, sobre todo, con los valores y conocimientos transmitidos.

El orgullo y la autoestima del médico de familia frente al conjunto de la profesión. La colaboración sin complejos del especialista en medicina familiar y comunitaria con el resto de especialidades médicas. El acercamiento entre atención primaria y el hospital desde una posición de igualdad y complementariedad. La trascendencia de una atención primaria de calidad para el conjunto del sistema sanitario. La continuidad histórica del médico de familia con el tradicional médico de cabecera. La incorporación de herramientas innovadoras a la práctica asistencial tradicional del médico de familia. Y todo ello arropado de un espíritu de empuje, ilusión, aprendizaje continuo y capacidad de innovación insuperable.

Al final, toda glosa acaba inevitablemente en un elogio apasionado, y ésta no ha podido ser una excepción. Aunque el motivo sea una jubilación forzada. Aunque el elogio sea poco menos que inevitable. Aunque la pasión sea indisoluble con la personalidad del propio Dr. de la Revilla.